

Primo Levi
Si ahora no,
¿cuándo?



Primo Levi
Si ahora no, ¿cuándo?

TRADUCCIÓN DE HELENA AGUILÀ

ediciones península

Título original: *Se non ora, quando?*

© Giulio Einaudi Editore S.p.A., 1982

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Península: octubre de 2018

© de la traducción del italiano: Helena Aguilà Ruzola, 2007

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ROMANYÀ-VALLS • impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 18.712-2018
ISBN: 978-84-9942-729-4

I. JULIO de 1943

—En mi pueblo había pocos relojes. En el campanario había uno, pero llevaba parado no sé cuántos años, puede que desde la revolución. Yo nunca lo vi andar, y mi padre decía que él tampoco. Ni siquiera el campanero tenía reloj.

—¿Y cómo hacía para tocar las campanas a la hora exacta?

—Escuchaba la hora en la radio, y se guiaba por el sol y la luna. Además, no daba todas las horas; solo tocaba las más importantes. Dos años antes de que empezara la guerra, se rompió la cuerda de la campana, se partió por arriba. La escalera estaba muy deteriorada, el campanero era viejo y le daba miedo subirse a lo alto para cambiar la cuerda. Entonces empezó a dar las horas disparando al aire con el fusil de caza. Siguió así hasta que llegaron los alemanes; ellos le quitaron el fusil, y el pueblo se quedó sin horas.

—¿También disparaba de noche?

—No; es que de noche nunca había tocado las campanas. Por la noche la gente dormía, y nadie necesitaba oír las horas. Solo el rabino debía conocer la hora exacta, para saber cuándo empezaba y terminaba el sabbat. Pero a él no le hacían falta las campanas; tenía un reloj de péndulo y un despertador. Si coincidían, estaba de buen humor; si no coincidían, se notaba enseguida, porque se enfadaba y usa-

ba la regla para pegar a los niños en los dedos. Cuando me hice mayor siempre me pedía que los sincronizara. Sí, yo era relojero profesional; por eso los del distrito me metieron en la artillería. Mi anchura de pecho era justo la que pedían, ni un centímetro más. Tenía mi propio taller; era pequeño, pero no le faltaba de nada. Además de los relojes, sabía arreglar un poco de todo, incluso radios y tractores, siempre que las averías no fueran muy complicadas. Era el mecánico del koljós,* y mi trabajo me gustaba. Los relojes los arreglaba en privado, en mi tiempo libre, aunque no eran muchos. Y, como todo el mundo tenía fusil, también arreglaba fusiles.

»Si quieres saber el nombre del pueblo, se llama Strelka, como tantos otros pueblos. Y si quieres saber dónde está, pues no queda lejos de aquí. Mejor dicho, estaba, porque Strelka ya no existe. La mitad de sus habitantes huyó al campo o a los bosques, y la otra mitad está en una fosa, y casi sobra sitio, porque muchos ya habían muerto antes. En una fosa, sí. Tuvieron que cavarla ellos, los judíos de Strelka; dentro de la fosa también hay cristianos, y ahora ya no hay tanta diferencia entre unos y otros. Y, para que lo sepas, estás hablando con Mendel, el relojero que reparaba los tractores del koljós. Tenía mujer, pero ella también está en la fosa; me alegro de no haber tenido hijos. Te aseguro que maldije mil veces ese pueblo que ya no existe, porque era un pueblo de patos y cabras, y porque había una iglesia y una sinagoga, pero no había cine. Sin embargo, ahora, cuando pienso en Strelka, me parece el Jardín del Edén, y daría una mano para volver atrás en el tiempo, para que todo fuera como antes.

Leonid lo escuchó sin atreverse a interrumpir. Se había quitado las botas y los trapos que le envolvían los pies y

* Explotación agrícola colectiva. (*N. de la t.*)

los había puesto a secar al sol. Lió dos cigarrillos, uno para él y otro para Mendel, y se sacó las cerillas del bolsillo; como estaban húmedas, tuvo que probar con tres hasta que se encendió la cuarta. Mendel lo observó detenidamente. Era de estatura media, y sus miembros eran más fibrosos que robustos. Tenía el pelo negro y liso, y un rostro ovalado y bronceado. A pesar de la barba hirsuta, no era desagradable; tenía la nariz pequeña, recta, y unos ojos oscuros, intensos, ligeramente saltones, que Mendel no podía dejar de mirar. Eran inquietos, ora fijos ora huidizos; ojos llenos de anhelo, pensó, o de quien siente que le deben algo. ¿Y quién no siente que le deben algo?

—¿Por qué te has detenido aquí? —le preguntó.

—Por casualidad, porque he visto un henil. Y por tu cara.

—¿Qué tiene de particular mi cara?

—Nada, no tiene nada de particular —dijo Leonid, y rió un poco, cohibido—. Es una cara como tantas, que inspira confianza. Tú no eres moscovita, pero, si anduvieras por Moscú, los forasteros te pararían para preguntarte por el camino.

—Pues harían mal. Si se me diera bien encontrar caminos, no me habría quedado aquí. Mira, no tengo mucho que ofrecerte, ni para el estómago ni para el alma. Me llamo Mendel, y mi nombre viene de Menachem, que significa «el que consuela», pero nunca he consolado a nadie.

Fumaron en silencio durante unos minutos. Mendel se sacó una navaja del bolsillo, recogió una piedra lisa del suelo, escupió varias veces sobre ella y la usó para afilar la hoja. De vez en cuando, probaba el filo en la uña de su pulgar. Cuando se dio por satisfecho, empezó a cortarse las otras uñas, manejando la navaja como si fuera una sierra. Cuando se hubo cortado las diez, Leonid le ofreció otro cigarrillo, pero Mendel lo rechazó.

—No, gracias. No debería fumar, pero cuando encuentro tabaco, fumo. ¿Qué va a hacer un hombre cuando le ha tocado vivir como un lobo?

—¿Por qué no deberías fumar?

—Por los pulmones. O los bronquios, no sé muy bien. Como si fumar o no fumar tuviera importancia, cuando el mundo se hunde a tu alrededor. Anda, dame ese cigarrillo. Estoy aquí desde otoño, y debe de ser la tercera vez que encuentro tabaco. Hay una aldea a cuatro kilómetros; se llama Valuets y está rodeada de bosque. Los campesinos son buenas personas, pero no tienen tabaco, ni sal. Por cien gramos de sal te dan una docena de huevos, y hasta un pollo.

Leonid se quedó callado un momento, como si estuviera indeciso. Luego se levantó y, sin calzarse, entró en el henil. Volvió con su mochila, empezó a buscar algo dentro y le mostró a Mendel dos paquetes de sal gorda.

—Mira —dijo—, veinte pollos... si tus cálculos no fallan.

Mendel tendió una mano, cogió los paquetes y los sopesó con aire de aprobación.

—¿De dónde los has sacado?

—De muy lejos. Llegó el verano, y la faja del uniforme ya no me hacía falta; de ahí vienen. El comercio nunca muere, ni siquiera donde mueren la hierba y la gente. En algunos lugares hay sal, en otros, tabaco, y en otros, nada. Yo también vengo de lejos. Hace seis meses que vivo día a día, que ando sin saber dónde quiero ir. Ando por andar, ando porque ando.

—Pero tú eres de Moscú, ¿no? —preguntó Mendel.

—De Moscú y de cien sitios más. Vengo de una escuela, donde aprendí el oficio de contable, aunque lo olvidé enseguida. Vengo de Lubianka, porque, cuando tenía dieciséis años, robé, y me encerraron ocho meses. Sí, robé un reloj; ya ves, somos casi colegas. Vengo de Vladimir, del

curso de paracaidistas, porque a los contables nos meten a paracaidistas. Vengo de Laptevo, cerca de Smolensk, donde me lanzaron en paracaídas entre los alemanes. Y vengo del campo de Smolensk, porque me escapé. Escapé en enero y, desde entonces, no he hecho más que andar. Perdóname, compañero, estoy cansado, me duelen los pies, tengo calor y quisiera dormir. Pero antes me gustaría saber dónde estamos.

—Ya te lo he dicho, estamos cerca de Valuets, una aldea a tres días de camino de Brjansk. Es un lugar tranquilo. El ferrocarril está a treinta kilómetros, el bosque es espeso y las carreteras están llenas de barro, polvo o nieve, según la estación. Este tipo de sitios no les gustan a los alemanes. Solo los pisan para llevarse el ganado, y no lo hacen a menudo. Ven, vamos a lavarnos.

Leonid se levantó y se dispuso a calzarse las botas, pero Mendel lo detuvo.

—No, no vamos al río. Nunca se sabe y, además, está lejos. Es aquí, detrás del henil.

Y le mostró su invento, una barraca hecha con tablas de madera. Había un depósito metálico, situado en el techo, donde el agua se calentaba al sol, y, para el invierno, una pequeña estufa de arcilla endurecida al fuego. Incluso había un teléfono de ducha, construido con una lata de conservas agujereada, que se conectaba al depósito mediante un tubo de metal.

—Todo esto lo he hecho yo con estas manos, sin gastar un rublo y sin ayuda de nadie.

—¿La gente de la aldea sabe que estás aquí?

—Lo saben y no lo saben. Voy por la aldea lo menos posible, y cada vez llego de una dirección distinta. Arreglo sus máquinas, hablo lo mínimo, cobro en pan y huevos y me voy. Siempre me voy de noche, no creo que me hayan seguido. Anda, desnúdate. Por ahora no tengo jabón. Me

las arreglo con un poco de ceniza; está allí, en ese tarro, mezclada con arena del río. No es gran cosa, pero dicen que, para matar los piojos, es mucho mejor que el jabón especial que te dan en el ejército. ¿Tú...?

—No, tranquilo, no tengo. Llevo meses viajando solo.

—Anda, desnúdate y dame la camisa. No te ofendas. Seguro que has dormido en pajares y heniles, y esos bichos son una raza paciente, saben esperar. Lo mismo que nosotros, salvando las distancias entre el hombre y el piojo.

Mendel examinó la camisa costura por costura, con un aire muy profesional.

—Bien, perfecto, *kosher*. Te habría acogido igualmente, pero, sin piojos, te acoyo más tranquilo. Dúchate tú primero, yo ya lo he hecho esta mañana.

Mendel observó de cerca el delgado cuerpo de su invitado.

—¿Cómo es que no estás circuncidado?

—¿Y tú cómo sabes que yo también soy judío? —repuso Leonid, eludiendo la pregunta.

—El acento yiddish no se lava ni en diez aguas —citó Mendel—. En cualquier caso, eres bienvenido, porque estoy cansado de estar solo. Quédate si quieres. Aunque seas moscovita, y tengas estudios, y te hayas escapado de no sé dónde, y no quieras contarme tu historia, eres mi invitado. Y tienes suerte de haberme encontrado. Tendría que haberle hecho cuatro puertas a mi casa, una por cada pared, tal como hizo Abraham.

—¿Por qué cuatro puertas?

—Para que los viajeros siempre encontraran la entrada.

—¿Dónde has aprendido esas historias?

—Esta es del Talmud, de un pasaje de la Mishna.*

* El Talmud es el compendio de las leyes canónicas y civiles del judaísmo; la Mishna es la primera parte del Talmud. (*N. de la t.*)

—Ya veo que tú también tienes estudios.

—De pequeño fui alumno del rabino del que te he hablado. Pero ahora él también está en la fosa, y yo lo he olvidado casi todo. Solo recuerdo los proverbios y las fábulas.

—No he dicho que no quiera contarte mi historia —dijo Leonid, tras un silencio—. Solo he dicho que estoy cansado y tengo sueño.

Bostezó y se encaminó hacia la barraca de la ducha.

A las cuatro de la madrugada ya era de día, pero ellos despertaron dos o tres horas más tarde. Durante la noche el cielo se había encapotado, y lloviznaba. Soplaban desde poniente largas ráfagas de viento, semejantes a olas marinas, que se anunciaban con el crepitar de las hojas y el chasquido de las ramas. Se levantaron frescos y descansados.

—Yo también soy un disperso, no un desertor. Disperso desde julio del 42 —dijo Mendel, a quien ya no le quedaba mucho que ocultar—. Uno de los cien mil, doscientos mil dispersos. ¿Hay que avergonzarse de ser un disperso? ¿Acaso pueden contarse los dispersos? Si se pudiera, no estarían dispersos. Se cuentan los vivos y los muertos; los dispersos no están vivos ni muertos, y no se pueden contar. Son como fantasmas.

»No sé si a vosotros, los paracaidistas, os enseñan a lanzaros. A nosotros nos enseñaron todas las piezas, grandes y pequeñas, del Ejército Rojo. Primero, en dibujos y fotografías, como si volviéramos a estar en el colegio, y luego en la realidad. Menudos artefactos, daban miedo. Pero, cuando me mandaron al frente con mi compañía, todo era distinto, y no entendíamos nada, porque no había dos piezas iguales. Había armas rusas de la primera guerra mundial, armas alemanas y austríacas, inclu-

so algunas que venían de Turquía. Ya puedes imaginarte el lío que se formó con las municiones. Eso fue hace justo un año, cuando luchábamos en las montañas, a medio camino entre Kursk y Jarkov. Yo estaba al mando de la pieza, aunque fuera judío y relojero, y la pieza no era de la primera guerra mundial, sino de la segunda; y no era rusa, sino alemana. Sí, era un 150/27 nazi que había quedado allí en octubre del 41, cuando el avance alemán; no sé por qué, tal vez porque se había estropeado. Y, ¿sabes?, una vez colocado, no es fácil mover un artilugio de esos. Me lo confiaron en el último momento, cuando la tierra ya empezaba a temblar a nuestro alrededor y el humo ocultaba el sol, y había que tener valor, no digo ya para disparar bien, sino, simplemente, para estar allí. Cómo vas a acertar si nadie te da una referencia para apuntar, y tú no puedes pedirla porque el teléfono ha saltado por los aires. Además, a quién le vas a preguntar, si ves que todo es un caos, y el cielo está tan negro que no se sabe si es de día o de noche, y la tierra estalla junto a ti, y sientes que una avalancha te va a sepultar y nadie te dice de dónde vendrá, y no sabes hacia dónde huir.

»Los tres asistentes huyeron, y quizá hicieron bien. No te lo puedo decir, porque no supe más de ellos. Yo no. No es que quisiera caer prisionero, pero nuestra norma era que un artillero no debe dejar su arma en manos del enemigo. Y, en vez de escapar corriendo, me mantuve en mi posición y empecé a estudiar la mejor manera de sabotear la pieza. Averiar una máquina es más fácil que arreglarla, pero, para estropear un cañón de forma que no pueda repararse, hace falta inteligencia, porque cada pieza tiene su punto débil. El caso es que no me gustaba la idea de huir. No es que yo sea un héroe, nunca se me ha pasado por la cabeza ser un héroe; pero, ya sabes, un judío entre rusos tiene que ser dos veces mejor que los ru-

sos; si no, lo consideran un cobarde. Y también pensaba que, si no conseguía sabotear el cañón, los alemanes le darían la vuelta y dispararían contra nosotros.

»Por suerte, los alemanes resolvieron la cuestión. Mientras yo forcejeaba con la pieza, con la mente puesta en el sabotaje y las piernas que me querían llevar lejos, los alemanes lanzaron una granada que se metió bajo la cureña, entre la tierra blanda, y explotó. El cañón dio un salto y volvió a caer al suelo de lado, y creo que nadie conseguirá enderezarlo jamás. También creo que el artefacto me salvó la vida, porque interceptó todas las esquirlas de la granada. Solo una, no sé cómo, me hirió de refilón. Aquí, ¿ves?, en la frente, debajo del pelo. El corte sangró mucho, pero no me desmayé, y luego se cerró solo. Pues bien, entonces eché a andar...

—¿Hacia dónde? —lo interrumpió Leonid.

—¿Cómo que hacia dónde? —dijo Mendel, resentido—. ¿Dónde iba ser? Intenté reunirme con los míos. ¡Ni que fueras el tribunal militar! Como te he dicho, el cielo estaba negro por el humo, y no había forma de orientarse. La guerra es, sobre todo, un enorme caos, en el campo de batalla y en las mentes de la gente. A veces no se sabe quién ha ganado y quién ha perdido; eso lo deciden después los generales y los que escriben libros de historia. Todo era confuso, y yo también me sentía confuso. Se hizo de noche, y aún seguían bombardeando. Yo estaba medio sordo y cubierto de sangre, y juzgué mi herida más grave de lo que era en realidad.

»Me puse en camino, y creí que iba en la dirección correcta, es decir, que me estaba alejando del frente y acercando a nuestras líneas. Anduve toda la noche; al principio veía a otros soldados caminando, y después, a nadie. De vez en cuando, oía el silbido de una granada que se acercaba y me echaba al suelo, dentro de un hoyo o detrás de una roca.

En el frente se aprende rápido, y ves socavones donde un civil solamente vería un campo más llano que un lago helado. Se estaba haciendo de día y, de repente, oí un ruido nuevo, y la tierra empezó a temblar. No sabía qué era; una especie de vibración, un zumbido continuo. Miré a mi alrededor, buscando un escondite, pero todo eran campos segados y tierras sin cultivar; no había ni un matorral, ni un sitio donde guarecerse. En ese momento vi algo que nunca había visto, a pesar de que llevaba un año en la guerra; a lo largo del camino, divisé la vía del tren. Al principio, creí distinguir sobre las vías una fila de barcazas, como esas que navegan por los ríos. Luego comprendí que me había equivocado de dirección, que estaba en el lado del frente alemán y que lo que estaba viendo era un tren blindado alemán. Se dirigía hacia el frente y, en vez de un tren de vagones, me pareció un tren de montañas. Quizá te parezca raro, o estúpido, o quizá te parezca una blasfemia, porque no sé qué piensas tú de estos temas, pero, en aquel momento, me acordé de la bendición que pronunciaba mi abuelo cuando oía un trueno: «Tu fuerza y tu poder llenan el universo». Mira, es algo incomprensible, porque los trenes blindados los hicieron los alemanes, y a los alemanes los creó Dios, y... ¿por qué los creó? ¿O por qué permitió que Satanás los creara? ¿Por nuestros pecados? ¿Y si un hombre no ha pecado? ¿O una mujer? ¿Qué pecados cometió mi mujer? ¿Es justo que una mujer como la mía tenga que morir y yacer en una fosa con otras cien mujeres, y con niños, por los pecados de otros, quizá por los pecados de los mismos alemanes que la ametrallaron al borde de la fosa?

»Perdóname, me he dejado llevar. Es que hace casi un año que le doy vueltas a todo esto, y no he llegado a ninguna conclusión. Hace casi un año que no hablo con un ser humano, porque a un disperso no le conviene hablar; solo puede hablar con otro disperso.

Había dejado de lloviznar, y de la tierra virgen subía un tenue aroma de hongos y musgo. Se oía la pacífica música de las gotas de lluvia que caían de hoja en hoja, y de las hojas al suelo, como si no estuvieran en guerra, como si esta nunca hubiese existido. De pronto, la música de las gotas quedó ahogada por otro sonido; era una voz humana, una voz dulce, infantil, la voz de una niña que cantaba. Se escondieron detrás de una mata y la contemplaron: conducía perezosamente un pequeño rebaño de cabras que la precedía. Era delgada, iba descalza y llevaba un chaquetón militar que le llegaba hasta las rodillas. Se cubría la cabeza con un pañuelo atado bajo la barbilla, y tenía una carita menuda y amable, bronceada por el sol. Cantaba con tristeza, en el tono artificioso y nasal de los aldeanos, y avanzaba indolente hacia los dos hombres, más que guiando, siguiendo a sus cabras.

Los dos soldados se miraron; aquello no tenía remedio, no iban a poder abandonar su escondite sin que la niña los viera. Los vería de todas formas, porque iba directa hacia ellos. Mendel se puso en pie y Leonid lo imitó; la niña se paró, más sorprendida que asustada. Luego echó a correr, adelantando a sus cabras; las reunió y las empujó hacia atrás, en dirección a la aldea. Todo sin decir una palabra.

—Se acabó; no hay nada que hacer —dijo Mendel—. Esto es lo que significa vivir como lobos. Es una lástima, precisamente ahora, que acabas de llegar. Y, al ser dos, es mucho peor. No pasaba nada desde hacía meses. Aparece una niña... y se acabó. Igual se ha asustado al vernos, aunque no representamos ningún peligro para ella. En cambio, ella es un peligro para nosotros, porque es una niña y hablará. Y, si la amenazamos para que se calle, aún hablará más. Hablará y dirá que nos ha visto, y los alemanes de la guarnición vendrán a buscarnos dentro de una hora, un

día, o diez, pero vendrán. Y, si no vienen los alemanes, vendrán los aldeanos, o los bandidos. Lástima, compañero: llegaste en el momento equivocado. Anda, ayúdame, tenemos que irnos de aquí. Me da rabia por la barraca, ahora habrá que empezar de nuevo. Menos mal que es verano.

No había mucho que preparar. Todas las pertenencias de Mendel cabían en su mochila militar, incluidas las provisiones de víveres. Cuando el equipaje estuvo listo, Leonid vio que Mendel no se decidía a ponerse en camino; parecía dudar entre dos opciones.

—¿Qué pasa? ¿Has olvidado algo?

Mendel no contestó; se sentó en una cepa y empezó a rascarse la cabeza. Luego se levantó, muy decidido, y extrajo de la mochila una pala corta de trinchera.

—Ven conmigo —dijo—. No, las mochilas las dejamos aquí, pesan demasiado; ya las recogeremos más tarde.

Se adentraron en el bosque; primero tomaron un sendero bien definido, luego se aventuraron en la espesura. Mendel parecía orientarse mediante alguna señal que solo conocía él. Hablaba sin dejar de andar, sin volverse, sin asegurarse de que Leonid lo seguía y lo escuchaba.

—Mira, lo de no poder elegir tiene sus ventajas. Yo no tengo elección: tengo que confiar en ti a la fuerza. Además, estoy harto de vivir solo. Ya te he contado mi historia, y a ti no te apetece contarme la tuya. No pasa nada, tendrás tus razones. Huiste de un campo de concentración, y comprendo muy bien que no quieras hablar de ello. Para los alemanes eres un fugitivo, y encima, ruso, y encima, judío. Para los rusos eres un desertor, y también eres sospechoso de espionaje. No tienes cara de espía, pero igual lo eres; si todos los espías tuvieran cara de espías, no podrían serlo. No tengo elección, tengo que confiar en ti. ¿Ves allí, a la izquierda, ese roble grande, el que está más lejos? Junto a él hay un abedul fulminado, vacío

por dentro; entre sus raíces hay un fusil ametrallador y una pistola. No es un milagro, los puse yo. Un soldado que se deja desarmar es un cobarde, pero un soldado que lleva las armas encima estando en la retaguardia alemana es tonto. Ya hemos llegado. Cava tú, que eres más joven. Y perdona, lo de cobarde no iba por ti. Entiendo perfectamente qué significa aterrizar con el paracaídas en las líneas enemigas.

Leonid cavó en silencio durante unos minutos y desenterró las armas, envueltas en una lona de tienda empapada de aceite.

—¿Esperamos aquí hasta que se haga de noche? —preguntó Leonid.

—Mejor que no. Nos arriesgamos a que aparezca alguien y se lleve las mochilas.

Volvieron al henil y Mendel desmontó el fusil para meterlo en la mochila. Esperaron a que oscureciera durmiendo, y luego se pusieron en marcha, rumbo a poniente.

Después de tres horas de trayecto, se detuvieron a descansar.

—Cansado, ¿eh, moscovita?

—No es cansancio —negó Leonid, sin convicción—, es que no estoy acostumbrado a tu ritmo. En el curso de instrucción hacíamos marchas, y nos explicaron cómo sobrevivir en un bosque, cómo orientarnos por el musgo de los troncos y la estrella polar, y cómo excavar una galería. Pero todo era teoría; los instructores también eran moscovitas. Y tampoco estoy acostumbrado a andar fuera de los caminos.

—Pues ahora vas a aprender. Yo tampoco nací en los bosques, pero luego aprendí. El único bosque de la historia de Israel es el Paraíso Terrenal, y ya sabes cómo terminó... llevamos seis mil años sin él. Pero, bueno, cuando

hay guerra, todo es distinto. Y nosotros también debemos resignarnos a cambiar, y hasta puede que no nos venga mal. En verano, el bosque es un amigo: sus hojas son un buen escondite, e incluso encuentras algo que comer.

Reanudaron su trayecto en dirección a poniente. Ambos conocían las órdenes de Moscú: los soldados dispersos que el frente había dejado atrás no debían caer prisioneros, tenían que adentrarse en el territorio ocupado por los alemanes y esconderse. Anduvieron mucho; primero, bajo la leve claridad de las estrellas; luego, tras la medianoche, a la luz de la luna. La tierra era firme y, a la vez, blanda; sus pasos no resonaban, y podían proseguir su camino. El viento había cesado y no movía las hojas; reinaba un silencio profundo, interrumpido a intervalos por el batir de unas alas o el canto triste y lejano de un ave nocturna. Al despuntar el alba, el aire refrescó, impregnado por el húmedo aliento del bosque dormido. Cruzaron dos arroyos y atravesaron un tercero, gracias a un puente providencial e inesperado. No encontraron ningún rastro humano en toda la noche, pero divisaron uno al amanecer. Se había formado una niebla láctea, baja, viscosa. En algunos tramos, aunque apenas les llegaba a las rodillas, era tan opaca que les ocultaba el camino, y los dos hombres avanzaban como si cruzaran un pantano. En otros trechos, superaba la altura de sus cabezas y les impedía orientarse. Leonid tropezó con una rama caída, la recogió y se sorprendió al observar que le habían practicado un corte neto, como un hachazo. Poco después descubrieron que la tierra estaba cubierta de trozos de corteza y fragmentos de hojas y troncos. El bosque había sido podado brutalmente por encima de sus cabezas, como si una gigantesca hoz hubiera decapitado ramas y copas. Conforme proseguían su marcha, el corte fue acercándose al nivel del suelo, y vieron chopos talados a media altura, láminas metá-

licas y chatarra. Por fin divisaron al monstruo caído del cielo. Era un caza alemán, un bimotor Heinkel que yacía inclinado hacia un lado entre los árboles mutilados. Había perdido las alas, pero conservaba el tren de aterrizaje. Las palas de las dos hélices, completamente dobladas y retorcidas, parecían de cera. En el timón de dirección llevaba pintada una cruz gamada negra, orgullosa y horrenda, y, junto a esta, unos debajo de otros, ocho perfiles que Leonid identificó enseguida: tres cazas franceses, un avión de reconocimiento británico y cuatro vehículos soviéticos. Eran los adversarios que el alemán había derribado antes de su caída. Debía de haberse estrellado hacía meses, pues en los surcos que había arado en la tierra ya empezaban a crecer la hierba y las matas del sotobosque.

—Es nuestra buena estrella —dijo Mendel—. ¿Qué mejor para un vivaque, al menos por unos días? En su momento, fue el amo del cielo; ahora nosotros somos sus amos.

No fue difícil forzar la puerta del piloto; los dos hombres entraron en la cabina y se dedicaron a inspeccionar con alegre curiosidad. Había un perrito de trapo, sucio y flácido, al que alguien había colocado un collar de pieles negro; una mascota que, evidentemente, no le trajo suerte. Había un ramo de flores artificiales y cuatro o cinco fotografías, las típicas fotos que llevan encima los soldados de todos los países: un hombre y una mujer en un parque, un hombre y una mujer en la feria de un pueblo. Encontraron también un pequeño diccionario alemán-ruso.

—A saber para qué lo llevaría en el avión —dijo Mendel.

—Quizá se esperaba lo que le ocurrió. El paracaídas no está; puede que se lanzara y ande por aquí perdido, lo mismo que nosotros. Si es así, el diccionario le habrá resultado útil.

Luego observaron mejor el libro y vieron que no había sido impreso en Alemania, sino en Leningrado: qué curioso. Cuanto más observaban, más raro resultaba aquel avión. Dos de las fotografías eran de un joven esbelto con el uniforme de la Luftwaffe,* acompañado de una chica baja y entrada en carnes, morena y con trenzas. En las otras tres podía verse a otro joven, de paisano, robusto y musculoso, con el rostro ancho y los pómulos altos; su chica, aunque también era morena, llevaba el pelo corto y tenía la nariz chata. En una de las tres fotos, el joven llevaba una camisa con bordados geométricos y, al fondo, se distinguían una plaza y un edificio porticado cuyas ventanas ojivales estaban decoradas con arabescos. Desde luego, no parecía un entorno alemán.

Alguien se había llevado la radio de a bordo y, en el compartimento donde guardaban las bombas, no había bombas, sino tres panes de centeno duros, varias botellas llenas y una octavilla escrita en bielorruso, en la cual se exhortaba a los ciudadanos de la Rusia Blanca a alistarse en los cuerpos de policía organizados por los alemanes, y, a las ciudadanas, a presentarse en las oficinas de la Organización Todt, donde podían ganar un buen sueldo trabajando para la Gran Alemania, enemiga del bolchevismo y fiel amiga de todos los rusos. Había también un número bastante reciente de *Bielorrusia Nueva*, el periódico que los alemanes publicaban en bielorruso en Minsk. Era del 26 de junio de 1943, e incluía el horario de misas de la catedral, así como una serie de decretos referidos a la disgregación de los koljoses y la distribución de tierras entre los campesinos. Encontraron un tablero de ajedrez, fabricado por unas manos pacientes y toscas con una larga tira de corteza de abedul; para hacer las casillas negras, habían

* Fuerzas aéreas del ejército alemán. (N. de la t.)

rascado la blanca capa de la superficie. Leonid y Mendel vieron un par de botas, también toscas, y las contemplaron una y otra vez, intentando averiguar de qué material estaban hechas. No, no era cuero. El inquilino del avión había recortado el forro de piel sintética de los asientos y, dando largas puntadas, lo había cosido a las botas con un cable fino rescatado de la chatarra.

—Buen trabajo —reconoció Mendel—. Y ahora, ¿qué hacemos? Este lugar ya está ocupado.

—Nos escondemos y lo esperamos. Cuando veamos qué clase de persona es, ya decidiremos.

El inquilino llegó al atardecer, con paso cauto. Era el joven musculoso de las fotografías. Llevaba pantalón militar, una chaqueta de piel de oveja y el gorro cuadrado, blanco y negro, típico de los uzbekos. De sus anchos hombros colgaba una alforja, de la que extrajo un conejo vivo. Le propinó un golpe en la nuca con el revés de la mano, lo destripó y empezó a despellejarlo, silbando. Mendel y Leonid estaban muy cerca; no se atrevían a hablar por temor a ser descubiertos. Leonid había dejado en el suelo su mochila; la cerró y le señaló a Mendel los paquetes de sal. Mendel comprendió enseguida y, a su vez, señaló el fusil. Los dos hombres abandonaron su escondite.

El uzbeko, al verlos salir de detrás de los matorrales, no dio señales de sorpresa. Dejó el conejo y el cuchillo y los recibió con una ceremoniosa desconfianza. No era tan joven como en las fotografías; debía de tener unos cuarenta años. Poseía una bonita voz de bajo, educada y suave, pero hablaba el ruso con vacilaciones, errores y una lentitud irritante. No dudaba al elegir las palabras, pero se interrumpía a cada frase, o en mitad de una frase, sin tensión ni impaciencia, como si el discurso hubiera dejado de interesarle y considerase superfluo continuar hasta el final; luego, inesperadamente, volvía a hablar. Se llamaba

Peiami. Peiami Nasimovich. Pausa. Sí, un nombre raro, pero su país también era raro. Pausa. Raro para los rusos, y los rusos eran raros para los uzbekos. Larga pausa, que no parecía tener fin. ¿Disperso? Claro, él también era un disperso, un soldado del Ejército Rojo. Disperso desde hacía más de un año, casi dos. No, no había vivido siempre en el avión. Había estado en las isbas* de los aldeanos, había trabajado en los koljoses, había conocido a algunos emboscados y a alguna chica. ¿La de la foto? No, esa era su mujer, y estaba lejos, más lejos imposible, tres mil kilómetros, más allá del frente, del Caspio, del mar de Aral.

¿Si había sitio en el avión? Podían juzgar por sí mismos: no había mucho. Una noche, aunque estuvieran estrechos, sí; incluso dos, por cortesía, por hospitalidad. Pero era incómodo para tres personas. Leonid se dirigió a Mendel en yiddish: podían arreglar el asunto por la vía rápida. No, contestó Mendel, sin mover la cabeza y sin cambiar la expresión de su cara; él no iba a ser capaz de matarlo y, si lo echaban, podía denunciarlos. Además, un avión derribado no era un techo ideal ni definitivo.

—Ya he matado demasiado. No voy a matar a un hombre por una plaza en un avión que no vuela.

—¿Lo matarías si el avión volara? ¿Si te llevara a casa?

—¿Qué casa? —preguntó Mendel.

Leonid no respondió. El uzbeko no había entendido el diálogo, pero había reconocido el sonido gutural del yiddish.

—¿Sois judíos, verdad? Para mí, lo mismo da judíos que rusos, turcos o alemanes. —Pausa—. Cuando están vivos, unos no comen más que otros; cuando están muertos, unos no apestan más que otros. En mi tierra también había judíos; eran buenos comerciantes, y no tan buenos

* Viviendas rurales de madera. (*N. de la t.*)

haciendo la guerra. Igual que yo. ¿Por qué habríamos de pelear entre nosotros?

El conejo ya estaba despellejado. El uzbeko desechó la piel, se apoyó en una cepa, clavó el animal en su bayoneta y empezó a asarlo en una improvisada sartén hecha con una lámina metálica del avión. No tenía tocino ni sal.

—¿Te lo vas a comer todo? —preguntó Leonid.

—Es un conejo pequeño.

—¿Necesitas sal?

—Claro.

—Aquí tienes —dijo Leonid, sacando un paquete de sal de la mochila—. La sal por el conejo: un buen trato para todos.

Discutieron largamente cuánta sal valía medio conejo. Peiami no perdía la calma y era un negociante incansable; siempre encontraba nuevos argumentos. Regatear lo divertía como un juego y lo exaltaba como una justa cabañerresca. Afirmó que el conejo, sin sal, también alimenta, mientras que la sal, sin conejo, no alimenta. Que su conejo era delgado, lo cual constituía una ventaja, porque la grasa de conejo es mala para los riñones. Que él, en ese momento, no tenía sal, pero que esta no se cotizaba mucho en la zona, pues la había en abundancia, ya que los rusos lanzaban sal a las bandas con sus paracaídas. No debían aprovecharse de esa carencia circunstancial; si iban hacia Gomel, encontrarían sal en todas las isbas a precios reventados. Por último, movido por el interés cultural y la curiosidad acerca de las costumbres ajenas, concluyó formulando una pregunta:

—¿Vosotros coméis conejo? Los judíos de Samarcanda no lo comen; para ellos es como el cerdo.

—Nosotros somos judíos especiales; somos judíos hambrientos —dijo Leonid.

—Yo también soy un uzbeko especial.

Cerraron el trato y sacaron de un escondite manzanas, trozos de nabo asados, queso y fresas salvajes. Los tres hombres cenaron, unidos por esa amistad a flor de piel que nace de las negociaciones. Después, Peiami fue al compartimento del motor del avión a por el vodka. Les explicó que era *samogon*, un vodka casero que destilaban los lugareños, mucho más fuerte que el del estado. Peiami especificó que él era un uzbeko especial porque, a pesar de ser musulmán, le gustaba mucho el vodka y, además, porque los uzbekos eran un pueblo muy belicoso, y él, en cambio, no deseaba ir a la guerra.

—Si nadie viene a buscarme, me quedaré aquí, poniendo trampas a los conejos, hasta que la guerra termine. Si vienen los alemanes, me iré con los alemanes. Si vienen los rusos, me iré con los rusos. Si vienen los partisanos, me iré con los partisanos.

A Mendel le habría gustado saber algo más sobre los partisanos y las bandas a las que los rusos lanzaban la sal. Intentó sacar más información al uzbeko, pero fue inútil. Había bebido demasiado, o consideraba imprudente hablar del tema, o no sabía nada más. Lo cierto es que el *samogon* era realmente fuerte, casi un narcótico. Mendel y Leonid, que no eran grandes bebedores y no consumían alcohol desde hacía mucho tiempo, se tumbaron en la cabina del avión y se durmieron antes del anochecer. El uzbeko se quedó fuera un rato. Lavó su insólita sartén, primero con arena y después con agua, fumó una pipa, bebió un poco más y luego también fue a acostarse. Tuvo que apartar a un lado a los dos judíos, pero estos no se despertaron. A las once, por el lado de poniente, el cielo aún se veía ligeramente luminoso.

A las tres de la madrugada ya clareaba. La luz entraba en abundancia por las dos ventanillas y por las grietas que se habían abierto en las paredes del avión tras el impacto

contra los troncos y el suelo. Mendel estaba dolorosamente despierto; le dolía la cabeza y tenía la boca seca. «Es culpa del *samogon*», pensó, pero no era solo el *samogon*. No podía dejar de pensar en la alusión del uzbeko a las bandas que se ocultaban en los bosques. La noticia no era nueva para él, había oído hablar de ellas muchas veces. En las cabañas de las aldeas, había visto carteles alemanes bilingües en los que se ofrecía una recompensa a quien denunciara a un bandido, y se amenazaba a quien lo encubriera. También había visto en más de una ocasión la terrible imagen de los ahorcados, chicos y chicas con la cabeza brutalmente dislocada por el tirón de la cuerda, los ojos vidriosos y las manos atadas a la espalda. En el pecho llevaban letreros escritos en ruso: «He vuelto a mi país», u otras palabras de burla. Sabía todo eso, y también sabía que un soldado del Ejército Rojo, como lo era él —y estaba orgulloso de serlo—, si está disperso, debe echarse al monte y seguir combatiendo. Sin embargo, estaba cansado de combatir. Cansado, vacío, privado de su mujer, su pueblo, sus amigos. Ya no sentía en el pecho el vigor del joven y el soldado, sino cansancio, vacuidad y deseo de una nada blanca y tranquila, como una nevada de invierno. Había sentido sed de venganza, no la había apagado, y la sed se había atenuado hasta extinguirse. Estaba cansado de la guerra y de la vida, y por sus venas no corría la sangre roja del soldado, sino la sangre pálida de una estirpe en la que se reconocía: sastres, comerciantes, posaderos, violinistas de pueblo, tranquilos patriarcas prolíficos y rabinos visionarios. Estaba cansado de andar y de esconderse, cansado de ser Mendel. ¿Qué Mendel? ¿Quién es Mendel, hijo de Nachman? ¿Mendel Nachmanovich, a la manera rusa, como aparecía en la lista del pelotón, o Mendel ben Nackman, como escribió en 1915 el rabino de los dos relojes en el registro de Strelka?